

Luis Cernuda

La Realidad y el Deseo (1924-1962)

Seguido de *Historial de un libro*
(*La Realidad y el Deseo*)

Introducción de Antonio Rivero Taravillo



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Primera edición en Alianza Editorial: Alianza Tres, 1991
Segunda edición: Biblioteca 30 Aniversario, 1998
Tercera edición: Alianza Literaria, 2000
Cuarta edición, y primera en El libro de bolsillo: 2018
Tercera reimpresión: 2019

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Ilustración de cubierta: Luis Cernuda (Valencia, mayo de 1937). Archivo Herederos de Luis Cernuda

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Herederos de Luis Cernuda
© de la introducción: Antonio Rivero Taravillo, 2018
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1991, 2019
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-9181-292-0
Depósito legal: M. 22.392-2018
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 9 Introducción,
por Antonio Rivero Taravillo
- La Realidad y el Deseo
- 27 I. Primeras poesías
45 II. Égloga, elegía, oda
61 III. Un río, un amor
89 IV. Los placeres prohibidos
115 V. Donde habite el olvido
137 VI. Invocaciones
167 VII. Las nubes
237 VIII. Como quien espera el alba
297 IX. Vivir sin estar viviendo
353 X. Con las horas contadas
399 XI. Desolación de la Quimera
- 461 Historial de un libro (La Realidad y el Deseo)
- 511 Índice de poemas

Introducción

La Guerra Civil española (1936-1939) supuso un tajo en la vida del país y también, individualmente, en la de todos los españoles, se puede decir que sin excepción. Muchos murieron en la contienda y como consecuencia de la misma, o sufrieron daños y privaciones de todo tipo. En mitad de esa lucha fratricida uno de los poetas más celebrados de España por los miembros de su propia generación, la del 27, Luis Cernuda (Sevilla, 1902-Ciudad de México, 1963) salía de su país para ya no volver a regresar, ni vivo ni muerto, a él. En «Guerra y paz», una página de *Ocnos* (1942), aquel exiliado recordó: «Atrás quedaba tu tierra sangrante y en ruinas. La última estación, la estación al otro lado de la frontera, donde te separaste de ella, era solo un esqueleto de metal retorcido, sin cristales, sin muros». Antes de esa marcha definitiva, sinsabores, peligros, angustias en el frente de batalla, donde estuvo breve tiempo, y en la no menos peligrosa

retaguardia. Y una obra poética ya sólida, a punto de comenzar una segunda etapa no menos fructífera en lo creativo, aunque obtenida por el alto precio que tuvo que pagar el hombre: no poco sufrimiento.

A Cernuda le duró poco la alegría de la aparición de la primera edición de *La Realidad y el Deseo*, en 1936, poco antes del comienzo de la guerra. En un banquete que le fue ofrecido para celebrar la publicación de esa recopilación de su poesía escrita hasta la fecha, Federico García Lorca alabó el libro del poeta sevillano con palabras superlativas: «me ha vencido con su perfección sin mácula, con su amorosa agonía encadenada, con su ira y sus piedras de sombra». El conflicto bélico impidió que Cernuda, que había publicado solo parcialmente su obra, fuera más conocido y reconocido, como la calidad y hondura de esta requerían. En 1938, como se dijo, salía a Francia y de allí a Inglaterra, comenzando su largo exilio hasta morir en tierra mexicana, poco después de cumplir los sesenta años.

En muy pocos casos un poeta o escritor de la talla de Cernuda ha dejado testimonio tan claro y preciso de su peripecia vital –que no es sino la de la gestación y evolución de su obra– como en «Historial de un libro». Afortunadamente, él escribió en 1958 este apéndice a la tercera edición de *La Realidad y el Deseo* (del mismo año), y allí –*aquí*, porque se incluye en este volumen– narró ese vivir, ese escribir, con palabras sencillas y exactas, en las que se hallan, junto con muchas consideraciones sobre sí mismo, opiniones muy valiosas sobre la escritura, la lectura y la traducción, dignas de ser tenidas en cuenta por quien quiera que desee aplicarse a la creación litera-

ria. La publicación de «Historial de un libro» en el mismo volumen que sus poemas exime de intentar aquí un perfil biográfico. Acaso lo conveniente sea, pues, dedicar unas páginas a examinar su obra, prestando especial atención a aspectos no desarrollados por él mismo en «Historial» y, también, a lo que vendría tras la publicación de este a lo largo del último lustro de vida del poeta.

Cernuda en la Generación del 27

El panorama de la poesía española a finales de los años veinte y principios de los treinta está bien trazado, con todas las ausencias que se quiera (sobre todo en la representación de escritoras, que las hubo, y valiosas), en *Poesía española. Antología* de Gerardo Diego (1932 y ampliada en 1934). Allí se incluyen figuras predecesoras de la Generación del 27 (integrada por el propio antólogo, Federico García Lorca, Luis Cernuda, Pedro Salinas, Jorge Guillén, Dámaso Alonso, Rafael Alberti, José Bergamín, Emilio Prados, Manuel Altolaguirre y Vicente Aleixandre, sin que se agote aquí la lista). Un poeta anterior que, a pesar de su calidad, tuvo poca influencia en el grupo fue Antonio Machado; otro que tuvo mucha, y que luego fue desdeñado (particularmente en el caso de nuestro poeta) fue Juan Ramón Jiménez. Características comunes de este grupo que tuvo como hito «fundacional» el acto de homenaje al poeta barroco Luis de Góngora (1561-1627) organizado por el Ateneo de Sevilla con el patrocinio de Ignacio Sánchez Mejías en diciembre de 1927 fueron, sin que esto comporte un programa,

un manifiesto, un ideario: el gusto por el cine y por las nuevas músicas como el *jazz*, cierta mirada atrás a la tradición –aliada con la vanguardia–, más la adhesión de varios de los poetas al surrealismo, entonces tan en boga como energía vigorizante y liberadora. Todo esto se puede apreciar en Cernuda, quien, es preciso decirlo, prefería el término «superrealismo» (en el sentido de lo que está por encima de la realidad) y la etiqueta clasificatoria de «Generación de 1925» (fecha esta en la que comenzó a publicar la mayoría de poetas del grupo).

De los poetas de la Generación del 27, Cernuda fue alumno de Salinas en la Universidad de Sevilla, y amigo de Prados y Altolaguirre en Málaga, y luego de este mismo y Concha Méndez, y de Aleixandre y Lorca, en Madrid. En su ciudad natal también tuvo amistad con Fernando Villalón, un «raro» inclasificable y periférico de la Generación que partió del neopopularismo a una obra más avanzada segada por su muerte, en 1930, sin haber cumplido los cincuenta años.

Movimientos, corrientes, influencias

Si de Francia vino el aire renovador del surrealismo (que en España tuvo a un temprano cultivador que no suele citarse, José María Hinojosa), de Inglaterra, y en Inglaterra (o más bien Gran Bretaña, porque Cernuda estuvo de 1939 a 1943 en la escocesa Glasgow), nuestro poeta tomó un caudal espléndido, anterior y contemporáneo, que se puede dividir a su vez en tres corrientes: de un lado, el movimiento romántico, que tanto coincidía con su

personalidad rebelde (aprende de Wordsworth, Coleridge, Byron, Shelley y Keats, a quienes puede leer en su lengua original ya desde su etapa británica); de otro, la poesía de Browning, que si tuvo gran importancia en el norteamericano Ezra Pound, padre de la poesía moderna en inglés, también la tuvo en el autor de *La Realidad y el Deseo*, quien aprendió en ella el recurso del monólogo dramático, ejemplificado muy notablemente en su poema «Lázaro»; finalmente, con Eliot (norteamericano de nación pero inglés de adopción) compartió una preocupación por el paso del tiempo afín a la que se muestra en *Cuatro cuartetos*, pero pasada por la experimentada sensación de su propia transitoriedad.

Un análisis pormenorizado de las influencias de Cernuda sería muy amplio, a la vez que engañoso: no es tan importante de dónde procede cada alusión o eco, sino el hecho destacable de que Cernuda fue muy receptivo a otras tradiciones: la griega antigua, la francesa del XIX y principios del XX, el romanticismo alemán de Hölderlin y el correlato de este representado por el italiano Leopardi (cuya dicción es tan hermana de los poemas en endecasílabo blanco de *Las nubes*), y, finalmente, la inglesa, sobre todo, ya referida en el párrafo anterior. Fue precisamente esta última la que hizo que Cernuda sea asimilable a algunas voces del mundo anglosajón, y que el crítico norteamericano Harold Bloom lo tenga en tan alta estima. El poeta retraído, solitario, que no buscaba la compañía y hasta la rehuía, con toques misántropos, era a su vez un poeta abierto, atento, que abría la compuerta de los vasos comunicantes de otros con su propia obra, muy por encima de lo que fue corriente en otros

poetas españoles de su época, más limitados al horizonte nacional.

De los autores franceses estuvo bien informado gracias a su trabajo en la librería madrileña de León Sánchez Cuesta, tras haber sido cliente suyo y de algún establecimiento sevillano, donde obtenía libros de Éluard, Aragon, etc.; de los ingleses, merced a las buenas bibliotecas de las universidades en las que fue profesor. Curiosamente, poca huella parece haber dejado en él la poesía mexicana, a pesar de haber residido más de diez años, con intermitencias, en lo que fue la colonia de la Nueva España, que tanta curiosidad despertó en él mucho antes de arribar gracias al trabajo sobre Hernán Cortés de Salvador de Madariaga, a quien trató en Oxford (léase el poema «Quetzalcóatl»). Pero también fue él mismo difusor de cultura el tiempo que trabajó en el Patronato de Misiones Pedagógicas, durante la Segunda República, recorriendo pequeños pueblos y llevando cine, pinturas, teatro, pequeñas y escogidas bibliotecas, a quienes nunca los habían visto.

Trayectoria poética de Cernuda

Sin perjuicio de lo que el propio Cernuda declara, y con gran honradez y ponderación, en «Historial de un libro», es pertinente aquí un comentario, siquiera somero, de las diferentes secciones –unas publicadas como libros exentos, otras no– de *La Realidad y el Deseo*.

Perfil del Aire (luego *Primeras poesías*, con la exclusión de algunos textos y la inclusión de otros) fue publicado

como suplemento de *Litoral*, la revista de Prados y Altolaguirre, en la primavera de 1927. Con textos que se remontan a 1924, es una poesía muy formalista, con empleo de la rima consonante y de metros y estrofas cerrados que denota frialdad, como de alguien que aún no desea o puede mostrarse del todo (esto lo hará con creces en libros posteriores). Fue su credencial ante los poetas de su generación, pero jugó en su contra el hecho de que Guillén, poeta mayor que él y catedrático de literatura, también hubiese compuesto décimas ya publicadas en revistas, y que tuviera a menudo un aire común con él, lo que proyectó sobre Cernuda la sombra de la «influencia», cuando en realidad, como él mismo señaló, los parecidos obedecían a las lecturas comunes, fundamentalmente de poetas franceses como Pierre Reverdy. Suspica siempre, y fácil de herir, la acogida crítica le dolió.

No pasaría a la historia de la literatura Cernuda si solo hubiese publicado el libro anterior y los poemas que constituyen *Égloga, Elegía, Oda*. Todavía, con sus aciertos y logros, depende demasiado de sus modelos: Fray Luis de León (el destinatario del «Homenaje») y la literatura del Siglo de Oro. No obstante, hay ya un paganismo incipiente («Idílico paraje / De dulzor tan primero, / Nativamente digno de los dioses») y una transición hacia ese mundo del cine que lo cautivará hasta el punto de que, cuando sea un poeta reconocido, preferirá hablar con los jóvenes que lo buscan de películas antes que de su propia obra. La «Oda» (fechada en 1928) estaba dirigida en un borrador al actor norteamericano George O'Brien. Antes de su publicación primera en *La Realidad y el Deseo* (1936), la colección *Égloga, Elegía, Oda*

apareció de manera parcial en las revistas santanderina *Carmen* («Homenaje» y «Égloga» en 1927 y 1928, respectivamente) y en *Verso y Prosa* (Murcia, 1928).

Sí empieza a definirse ya su obra con rasgos netamente personales en *Un río, un amor* (compuesto en 1929 entre Madrid y Toulouse y no publicado como libro hasta integrar en 1936 la tercera sección de *La Realidad y el Deseo*). Continúan la indolencia y el desengaño, estados de ánimo tan cernudianos, y comienza la libertad formal, pero el libro plenamente suyo, de desbocado surrealismo, es *Los placeres prohibidos* (1931, inédito hasta 1936), donde se halla una pieza antológica como es «Si el hombre pudiera decir»; también se dan aquí, como si abandonar las estrofas cerradas acarreará esta consecuencia expansiva, poemas en prosa y en versículos.

Una decepción amorosa —el fin de su relación con el joven Serafín Fernández Ferro— le lleva a escribir *Donde habite el olvido* (1932-1933), que testimonia también su devoción por Bécquer: de la rima LXVI es el verso que da título al libro (efectivamente, *libro*, porque, a diferencia de mucho de lo que venía escribiendo desde 1927, esta colección vio la luz en 1934 como volumen independiente). Hay aquí algunos de los poemas más justamente citados de Cernuda, amparados bajo un numeral latino con excepción del último, que sí ostenta título: «Los fantasmas del deseo» («Deseo», esa palabra talismán de Cernuda que aquí también sufre una contradicción, apuntada por esos fantasmas que, irreales, marcan su limitación y lo frustran como, bajo el pórtico general de toda su obra poética, lo hace la «Realidad», esa testaruda contra la que el deseo choca y en consecuencia tantas ve-

ces se ve incumplido, para exasperación de quien lo experimenta).

Invocaciones (1934-1935) es otra de las colecciones que solo se conocía parcialmente, por publicaciones de poemas sueltos en revistas, hasta integrarse en 1936 en *La Realidad y el Deseo*. Se abre, sin prejuicios, con un poema homoerótico, «A un muchacho andaluz», al que sigue «Soliloquio del farero» («Cómo llenarte, soledad, / Sino contigo misma»). Se trata del libro más romántico de Cernuda, con la aparición de figuras solitarias y rebeldes, y escenarios de naturaleza misteriosa. La sección siguiente, *Las nubes* (1940, comenzada a escribir en 1937) se refiere a esa amenaza, a ese cielo cubierto que se cierne sobre España, Europa y el mundo en la segunda mitad de los años treinta. Se observa ya aquí un cambio de registro: si prosigue al principio la vena romántica, esta se va tornando elegíaca, y asoma ya el Cernuda más reflexivo. Incorpora el libro el homenaje a Lorca tras su asesinato en agosto de 1936, ya publicado (salvo la quinta estrofa, explícitamente homosexual) en la revista republicana *Hora de España*, editada en Valencia, en la que colaboraron, entre muchos otros, Ramón Gaya y Juan Gil-Albert. Hay preocupación por los desastres de la guerra, y también, yendo más allá, una indagación en el enfrentamiento sempiterno entre los españoles, que recorre la primera «Elegía española» (habrá una segunda en el mismo libro). «Niño muerto» narra el final de un chico vasco evacuado a Inglaterra. Cernuda colaboró un tiempo en el apoyo a uno de los campamentos que acogían a la infancia huida de la guerra, pero horrorizado por la muerte del niño abandonó esas tareas, sumido en

una depresión. También surge ahora el primero de los sucesivos poemas de recuerdo nostálgico de su tierra: «Jardín antiguo» (el Alcázar sevillano).

Como quien espera el alba (publicado en 1947, con poemas que cubren el periodo 1941-1944) sigue el mismo camino de *Las nubes*. Su título alude a esa oscuridad, también anímica, en que se veían hundidos Cernuda y todo el entorno, en plena Segunda Guerra Mundial. No obstante, destaca la posibilidad de esperanza (el alba, el amanecer que se aguarda), que tiene una expresión emocionante en «A un poeta futuro», uno de sus textos más confesionales y desnudos, todo un programa de escritura y vida. También se ofrecen aquí uno de los poemas que a él le parecían más perfectos, «Los espinos» (breve e intensa meditación sobre el tiempo e invitación a aprovecharlo) y otra de sus evocaciones magistrales, aquí unidos amor y tierra: «Elegía anticipada», recuerdo de sus felices días malagueños.

El resto de su estancia británica, hasta la mitad de la estadounidense, se vierte en *Vivir sin estar viviendo* (escrito entre 1944 y 1949 e inédito como libro hasta la tercera edición de *La Realidad y el Deseo*). Aquí sobresalen otro poema ácido sobre España («Ser de Sansueña») y dos monólogos dramáticos «Silla del rey» (sobre Felipe II) y «El César» (sobre el emperador romano Tiberio). Viene después *Con las horas contadas* (con poemas de 1950-1956), ya agudizada la sensación de finitud. Casi la mitad del libro la integra la colección amorosa «Poemas para un cuerpo» (de la que hubo edición malagueña en 1957), que tiene por protagonista al joven culturista mexicano llamado Salvador (como el título del primer poema de la serie), por el que Cernuda decidió dar un giro radical a

su vida e instalarse en México. Para él, ese volver a vivir en un país de lengua española, con la recuperación junto al idioma de una tradición y sensibilidad propias, fue muy importante. En el primer texto del libro de prosas que escribió por estas fechas (*Variaciones sobre tema mexicano*, 1952) se pregunta a sí mismo, en un desdoblamiento típico en él: «Tras de cruzada la frontera, al oír tu lengua, que tantos años no oías hablada en torno, ¿qué sentiste?». Esta es su respuesta: «Sentí cómo sin interrupción continuaba mi vida en ella por el mundo exterior, ya que por el interior no había dejado de sonar en mí todos aquellos años».

La tercera edición de *La Realidad y el Deseo* incluía algunos adelantos de un libro futuro, que sería *Desolación de la Quimera* (1962). Sobre este, pues, Cernuda ya no se pronunció en «Historial de un libro», y corresponde situarlo en el conjunto de la obra del poeta no meramente como un libro más, con carácter de postrero por la muerte repentina de su autor, sino también como todo un epílogo, balance, testamento. Sobre todo, los poemas que se escribieron más tarde poseen ese carácter crepuscular de quien tiene la íntima certeza de que se acerca su final y, en consecuencia, deja una suerte de epitafio. Es lo que sucede con «A sus paisanos» y con tantas otras composiciones en las que manifiesta sus adhesiones y sus desapegos, sus querencias y sus manías. Ese carácter escindido se ve perfectamente en el «Díptico español», cuyas dos partes ostentan títulos tan opuestos y contradictorios entre sí, hasta en la dualidad de la persona del verbo (el paso de la primera del singular a la segunda), como «Es lástima que fuera mi tierra» y «Bien está que fuera tu tierra».

Hay aquí ajustes de cuentas, como con Juan Ramón Jiménez en el poema en que se presenta a este con sus iniciales, o con Dámaso Alonso, que en «Otra vez con sentimiento» aparece contrapuesto a la figura querida de Lorca, ambos sin nombrar en los versos. Por otra parte, tampoco figura el nombre del poeta protagonista de «A propósito de flores», donde Cernuda vierte su aprecio por el poeta romántico inglés John Keats (igualmente sin nombrarlo) a la vez que señala características del poeta en general, de la idea platónica del poeta, podríamos decir, las cuales hay que leer, entre líneas, aplicadas a sí mismo.

Final y huella

Cernuda murió el 5 de noviembre de 1963 en Coyoacán, al sur de la Ciudad de México, en casa de Concha Méndez y de Paloma Altolaguirre, hija de esta y del poeta malagueño. Los dos años anteriores había sido profesor en California (San Francisco y Los Ángeles), y tenía la oferta de otra universidad de allí para regresar el curso 1963-1964. No quiso hacerlo, por indolencia y por fatalismo (ya le rondaba la idea de la inminente muerte y no quiso avenirse a un reconocimiento médico). Cuando sufrió el fulminante ataque al corazón acababa de salir la tercera edición de su primer libro de prosas poéticas, *Ocnos*, que junto con *Variaciones sobre tema mexicano* constituye un complemento de su poesía en verso. Como *La Realidad y el Deseo*, *Ocnos* fue creciendo en cada una de sus ediciones, aunque sin divisiones que delataran las incorporaciones sucesivas.

Pero no se limita a la poesía la actividad creadora, literaria de Cernuda. Ahí están sus ensayos sobre poesía española y sobre *Pensamiento poético en la lírica inglesa (siglo XIX)*, además de otros estudios; ahí, también, su fugaz incursión en el teatro (*La familia interrumpida*, obra que fue milagrosamente rescatada por el mexicano Octavio Paz, uno de sus mejores amigos y valedores); ahí, un puñado de textos narrativos que no están entre lo mejor suyo pero que alumbran rasgos de su personalidad y sus preocupaciones; ahí, finalmente, sus traducciones, entre las que hay de poesía fundamentalmente pero también, en verso, de las obras teatrales de Shakespeare *Troilo y Crésida* y *Romeo y Julieta* (de esta, únicamente el primer acto).

Un poeta, un escritor, si su obra valió la pena, no se agota tras su muerte. Esto, que es un tópico bienintencionado y sirve para consuelo de familiares y amigos, cobra una dimensión especial en el caso que nos ocupa. Cernuda vio cómo su obra sufrió los problemas de difusión que acarreó su vida itinerante, su condición de exiliado. Pero ya en vida fue bien acogido —hay que agradecerse a José Luis Cano— en la revista madrileña *Ínsula*, y recibió sendos homenajes de *Cántico* (la publicación del grupo cordobés que con Pablo García Baena y Ricardo Molina a la cabeza sintió tanta complicidad con él) y de la valenciana *La Caña Gris*, dirigida por Jacobo Muñoz. Luego, muchos poetas han reivindicado su lección, que no es solo estética sino moral, de reconocimiento natural de su sexualidad y de exigencia ética para su país, con el que nunca fue condescendiente y siempre crítico, emparejando en su mirada a él exigencia y nostalgia no separadas, unidas. Lo han admirado, y han escrito sobre

él, poetas como Francisco Brines, Jaime Gil de Biedma, José Ángel Valente, Luis Antonio de Villena, Fernando Ortiz, Juan Lamillar y muchos otros que han visto en el autor de *La Realidad y el Deseo* un ejemplo, no siempre cómodo, de integridad y lealtad a la poesía, a su destino. Que tenga en su haber un ramillete de magníficos poemas de amor (y desamor) lo hace en verdad atemporal, y que haya compuesto poemas sobre músicos, pintores, etc., lo acerca al culturalismo que a la década de su muerte imperó en parte de la poesía española con el grupo conocido como los Novísimos a la cabeza; cada promoción posterior ha visto algo en él, sin que haya perdido un ápice de vigencia. La estimación de los poetas oscila y suele suceder que quien goza de la más alta consideración una temporada luego acabe relegado en el gusto de las generaciones siguientes. No sucede así con Cernuda. Sus huesos podrán, sí, estar en el Panteón Jardín de la Ciudad de México (a pocos metros de los de Prados); su poesía, amorosa, reflexiva sobre el paso del tiempo, sobre los vicios y virtudes de sus contemporáneos y compatriotas, sobre la magia de las cosas imperecederas, es también imperecedera ella misma; al menos no se atisba un cambio. Clásico ya de nuestras letras, por ese carácter insoportable suyo que resaltó Paz, Cernuda es ejemplo de conciencia cívica, moral y literaria.

Antonio Rivero Taravillo

La Realidad y el Deseo

(1924-1962)

Primeras poesías / Égloga, elegía, oda / Un río,
un amor / Los placeres prohibidos / Donde habite
el olvido / Invocaciones / Las nubes / Como quien
espera el alba / Vivir sin estar viviendo / Con las
horas contadas / Desolación de la Quimera

À mon seul Désir